

El racionalismo materialista como uso negativo de la razón

En el apartado del método sufi se analizará el tema de la fe en relación a su dimensión terapéutica, pues en el Corán se dice que Dios da su compasión a quien cree y hace buenas obras. Sin embargo, para llegar a entender lo que significa realmente la creencia es necesario entender también su contrario, la duda. Así, otra de las características del *nafs* es su tendencia a negar cualquier dimensión espiritual. Vemos que los distintos autores sufíes son plenamente conscientes del papel de la inteligencia como instrumento para ir a favor de la verdad o bien en su contra. La función de la inteligencia es distinguir entre lo real y lo ilusorio. Sólo un intelecto sano (*al-‘aql al-salīm*) puede realizar su función auténtica, que es la de conocer a Dios. Pero si el intelecto está oscurecido por las pasiones, por el *nafs* compulsivo, entonces se convierte en un velo que esconde la realidad divina. Por ello en el Corán encontramos muchos versículos que equiparan a los que están descarriados con los que no pueden usar su intelecto (como en la expresión *wa lā ya‘qilūn*, «ellos no entienden» o literalmente «no usan su intelecto»)⁶⁵. La razón, entendida como el reflejo del intelecto en la psique, es así una espada de doble filo, que puede convertirse en un instrumento para alcanzar las verdades divinas halladas en la revelación, o bien en un velo que esconde al hombre estas mismas verdades⁶⁶. Rūmī advierte de esta última posibilidad diciendo que, aunque el alma carnal es sagaz y aguda, su *qibla* es este mundo”⁶⁷.

Existe un mecanismo de esta inteligencia negativa que tiende a quitar valor a cualquier hecho de índole espiritual reduciéndolo a explicaciones causales puramente materiales. En el Corán encontramos múltiples aleyas que hacen referencia a este aspecto del *nafs*, por el cual la persona se niega a creer en todo lo que no pueda verse o tocarse. Desde esta perspectiva, la no creencia es fruto más bien de una reacción de oposición a la creencia. Así, aquellos que no creen, aunque vieran signos milagrosos seguirían sin creer y los atribuirían a otras causas. Valgan las siguientes aleyas como ejemplo: “Y juran por Allāh con toda la gravedad, que si les llegara un signo, creerían en él. Di: Los signos están junto a Allāh. ¿Pero no os dais cuenta

de que, aunque os llegaran, no ibais a creer en ellos?”⁶⁸; “Incluso si les abriéramos una parte del cielo por la que pudieran subir dirían: Nos están haciendo ver visiones, nos han hechizado”⁶⁹. “Si vieran un trozo de cielo cayéndose dirían: Es una acumulación de nubes”⁷⁰; o: “Cuando se le recitan Nuestros signos, dice: leyendas de primitivos”⁷¹. Y un conocido episodio histórico narra los hechos acaecidos en una noche de luna llena, cuando un grupo de incrédulos se acercó al Profeta y le pidió que la partiese en dos como prueba de que él era realmente el Enviado de Dios. Cuando éste llevo a cabo la petición surgió el asombro general al verla dividirse en dos mitades que se alejaron la una de la otra hasta que a cada lado de la montaña refulgió una media luna. “Dad testimonio”, dijo el Profeta. Pero los que se lo habían pedido rechazaron este milagro óptico tachándolo de pura magia y diciendo que los había hechizado, como relata el Corán: “Hora se acerca y la luna se ha partido en dos. Si ven un signo milagroso se desentienden y dicen: Es magia persistente”⁷². Sin embargo, los creyentes que estaban presentes se regocijaron y algunos de los que titubeaban abrazaron el Islam, mientras que otros se acercaron más a él⁷³.

Es decir, se trata de un mecanismo que tiende a reducirlo todo a la expresión “esto no es más que...”, despojando así el mundo de todo misterio. Este proceso empobrece la vida y la vuelve algo sórdida, como por ejemplo pasa cuando se reduce el amor a simples reacciones químicas del cerebro, pues se despoja a la vida de su elemento más importante. Más adelante se verá que uno de los frutos del método sufi es el estado de perplejidad mística ante la realidad divina, pues ésta no se puede reducir ya a ninguna explicación causal y sólo puede ser objeto de adoración y amor.

En el origen de esta inteligencia negativa se encuentra, una vez más, el *širk* o acto de asociar otras divinidades a Dios, como dice la aleya siguiente: “¿O tienen un dios diferente de Dios? ¡Gloria a Dios, Que está por encima de lo que Le asocian!”⁷⁴. El Corán, refiriéndose a los incrédulos coetáneos del Profeta que adoraban a distintos dioses en lugar de al Dios Único, dice también que esta adoración es en realidad

la divinización de los deseos: “¿Qué te parece quien ha divinizado su pasión? ¿Vas a ser tú su protector?”⁷⁵. Negar al Dios Único es síntoma, por tanto, de que otras divinidades ocupan su lugar. Y según esta aleya en realidad se trata de los deseos. Así, se puede afirmar que debajo de este aspecto reduccionista de la mente se encuentra una dependencia a motores inconscientes de orden pasional. En esto consiste básicamente el *širk*. Por ello a las citadas aleyas que se refieren al milagro por el que la luna se partió y que fue negado por los incrédulos, les sigue esta otra: “Han negado la verdad siguiendo sus pasiones [...]”⁷⁶. Y es también esta sujeción inconsciente a las pasiones lo que lleva a negar cualquier idea de rendición de cuentas, como según el Corán dicen los incrédulos: “¿Acaso cuando estemos muertos y seamos tierra y huesos se nos va a pedir cuentas?”⁷⁷. Esta negación da así vía libre al alma compulsiva (*nafs*), pues no se ve coartada por ninguna idea de sanción posterior.

Por otro lado, es propio del *nafs* atribuir el origen de todos los hechos perjudiciales a causas fortuitas, a la pura casualidad, a la ‘mala suerte’. Esta negación, basada en el desconocimiento de las leyes del Ser, se erige así en excusa perfecta para no asumir responsabilidad alguna. Si los hechos, en cambio, son atribuidos a la desatención de los principios superiores ello implica que es necesario un cambio en la manera de actuar y de ver las cosas. Por ello el Corán habla reiterativamente de aquellos que son injustos consigo mismos. De ahí la importancia de inutilizar o inhibir esta inteligencia reduccionista que lo remite todo a causas secundarias, y la única manera de hacerlo es a través de la Revelación, que habla de las leyes del Ser o *wuġūd*, cuya desatención genera consecuencias, y que ofrece un método para protegernos de las pasiones destructivas. El planteamiento espiritual y su método es por tanto lo único que puede neutralizar este mecanismo. Más adelante se desarrollará esta idea de límite metafísico y de las consecuencias de los actos.

Rūmī atribuye esta visión superficial de las cosas a que el no creyente mira sólo la parte externa del mundo, sin poder ver su sentido interno, debido a que el espejo de su corazón no se ha pulido: “El

argumento del infiel es sólo que dice: «No veo más morada que este mundo externo». Nunca reflexiona sobre el hecho de que donde haya algo externo, este (objeto) está dando información de propósitos ocultos y sabios. [...] El hombre de poca visión no ve nada de esto: su inteligencia carece de movimiento, como las plantas de la tierra [...]. De manera similar, todo el mundo ve lo invisible y el futuro, el bien y el mal, de acuerdo con la medida de su intuición. Cuando se quitan la barrera que está delante y la que se halla detrás, el ojo penetra y lee la tabla de lo invisible. Cada uno, según la medida de su iluminación espiritual, ve lo invisible en proporción con el pulido (del espejo de su corazón). Cuanto más pule, más ve y más visible es para él la forma (de las cosas ocultas)”⁷⁸.

Ibn Sīnā habla de la potencia imaginativa, a la cual pertenecen todas las facultades de orden intelectual como la inteligencia y la imaginación, como la potencia susceptible de caer presa de este mecanismo reduccionista propio del *nafs*: “En cuanto a la infernal milicia voladora, lleva al hombre a tener como falso todo cuanto no puede verse con los ojos del cuerpo. Les presenta las obras naturales y los artefactos humanos como lo más digno de ser adorado; con sigilo, mete en las entretelas del corazón del hombre que la resurrección no existe, que no habrá retribución alguna por las buenas o malas acciones, y que no hay un Ser Eterno subsistente por sí mismo que gobierne sobre el Reino de los Cielos y de la Tierra”⁷⁹.

En relación a eso, Mircea Eliade dice que aunque el ser humano es por esencia religioso (*homo religiosus*), puede llegar a la condición agnóstica o atea por oposición a la religión: “El hombre no religioso se ha formado a base de oponerse a su predecesor, en un intento de «vaciar» de toda religión y de todo significado transhumano”⁸⁰. Desde esta perspectiva el ser humano que es contrario a la religión no lo es tanto por convicción sino por una reacción de oposición, pues según el Corán, el ser humano tiende por naturaleza a ser discutidor incluso ante las pruebas más evidentes: “Hemos explicado a lo largo de esta Recitación todo tipo de ejemplos para los hombres, sin embargo el hombre es lo más discutidor que existe”⁸¹.